nes que vayan sucediéndose sobre la tierra, las mismas lecciones que dió en la Judea, ofreciendo los mismos ejemplos que entonces ofreció. Interrogadle en la Eucaristía cómo piensa de Dios, y en su profundo abatimiento, y en su perenne estado de víctima, os responderá que Dios lo es todo, y que todo debe aniquilarse delante de Dios; Él os dirá: ama al Señor tu Dios con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas; hé aquí el primero y principal de los mandamientos. Para ésto os da el ejemplo, inmolándose por su Padre sin cesar, lo mismo sobre nuestros altares que sobre el árbol de la Cruz."

"¿Qué piensa el nuevo Adan del hombre? El hombre es para el nuevo Adan la más excelente de las criaturas visibles de Dios, y la más digna de sus desvelos: por él vino á este mundo, vivió en la pobreza y murió entre tormentos, apreciando más nuestra alma que su sangre, puesto que no vaciló en derramarla toda por nuestra salud. Hé aquí lo que pensó del hombre durante su vida mortal, y y lo que sigue pensando de él en la Eucaristía; preguntadle de dónde nace tanta bondad, tanta paciencia, en esos miles de altares en que su amor le retiene presente, á pesar de los ultrajes é irreverencias que no se le cesan de asestar durante diez y nueve siglos, y os responderá: porque una sola cosa es para mí necesaria, á saber: la salvación del hombre. Eso es lo que nosotros mismos deberíamos pensar: sin embargo, ¿lo pensamos?"[1]

1 Catecismo de Perseverancia. Tomo VI, cap. 56.

¡Cuántos sacrificios hace en la Eucaristía para mostrarnos su amor! Al brillo de su gloria, sustituye humildes apariencias, reduce la inmensidad de su sér á los estrechos límites del espacio, despójase de la majestad del cielo, para presentarse como sustancia de la tierra, hácese, siendo Dios, alimento del hombre. Mas, en medio de tanto abatimiento, al través de humillaciones tantas, en el sagrado tabernáculo donde vive, sólo vive para enseñar la perfección de todas las virtudes. Faro luminoso, elevado sobre las sombras y las borrascas del mundo, arrebata las miradas de todas las inteligencias, que ávidas de fe buscan su fuente. Fuego celestial desconocido á la tierra, es el imán eterno que atrae los corazones para inflamarlos. Libro de santidad abierto á nuestra vista, él contiene la ciencia de la salvación.

V

Pero ya termina el dia. El astro brillante que lo ha presidido, corre ya á grandes pasos á ocultarse. Sus últimos rayos teñidos de púrpura, doran la cúpula del templo, y penetran hasta el interior de éste, al través de los cristales que decoran sus altas ventanas. Brillan entonces por un momento los adornos de mosaico, los relieves arabescos, los festones de oro y los capiteles de mármol, con un resplandor tan apacible, que inspira y conmueve. ¡Qué bello y qué dulce es estar, en aquel instante,

cerca del altar en que descansa la divina Eucaristía! ¡Feliz mil veces el mortal que, cansado de los trabajos del dia, y profundamente persuadido de la nada que ofrece el mundo, va á desahogar entonces, á los pies de Jesús, su oprimido corazón. ¡Ah! Si es siempre grato comunicar con un fiel amigo la alegría ó el dolor que inunda el alma, ¿quién rehusará, después de las vicisitudes que llenan cada dia de la vida, ir, al caer de la tarde, á descansar en el amoroso pecho del mejor de los amigos?

El crepúsculo vespertino, símbolo vivo y sensible del fin de nuestra existencia mortal, es el momento solemne que reasume los recuerdos del dia. La luz, que por grados se debilita, permite que el desgraciado vierta libremente su llanto, y las sombras, que insensiblemente se extienden sobre la tierra, obligan al fatigado viajero á suspender su marcha, y á buscar un albergue desconocido. El reposo general sucede á la animación del dia, y la naturaleza entera parece descansar entonces. Las estrellas comienzan á dejar caer su pálida luz, mientras llega el momento en que broten del Oriente los hermosos destellos de la luna.

Entonces desde lo alto del templo resuena la campana que anuncia el término del dia, y entonces también, dentro del augusto Alcázar, espárcense las sombras, negro manto con que la noche cubre á la tierra. Los débiles resplandores de la lámpara vacilante, colocada en un ángulo del templo, apenas llegan á la extremidad de las naves, y los

objetos mismos en que se reflejan, no pudiendo presentar todas sus formas, aparecen como espectros que infunden religioso pavor. El silencio más profundo domina en el santuario, cuyas puertas se cerraron ya, y el frio de la muerte parece cubrir las losas del pavimento. La lámpara sola ofrece señales de vida. "Lámpara sagrada cuyo destino he envidiado. Su destino, á la verdad, es santo. Encendida ante el altar, arde delante de él. Los vientos no atormentan su llama, creeríase una alma que está lejos del soplo de las pasiones. Ella es un símbolo del amor de Dios hacia los hombres. Ella vela siempre. Como una estrella caida del firmamento, brilla en la noche para anunciar la bondad de Jesucristo, mientras que las que decoran la bóveda azulada proclaman el poder del Altísimo. Viajando por la noche, al pasar por las aldeas, he percibido muchas veces, por entre los magníficos cristales del templo católico, la luz de la lámpara del Santuario, y he llegado á exclamar: los hombres pueden dormir, la religión vela!"[1]

¡Ah! No es dado explicar las tiernas memorias, los gratos sentimientos que en el corazón despierta el resplandor de esa lámpara, que nunca puede verse sin emoción; ese resplandor, cuya intensidad parece crecer con la presencia de Dios, escondido en el tabernáculo. Esa lámpara es, con su fuego, el gran emblema de la caridad que debe abrasar los corazones. Es ella sola quien alumbra, con sus nítidos destellos, la sombría morada del Criador

1 Wals, Fiestas Cristianas.

de la luz, es ella la única que acompaña, en las altas horas de la noche, al que empuña el cetro del universo, es ella la que simboliza la fe del pueblo fiel, entregado entonces al descanso.

VI

Así trascurren aquellos instantes, solemnes y gratos para los que, lejos del mundo falaz y traidor, hallan en presencia del que aman el centro de su felicidad. Entretanto, ese mismo mundo ofrece á sus ciegos amadores la copa dorada del placer: mil fugaces regocijos exaltan su fantasía, y acaso el crimen sabe hallar prosélitos, á merced de las sombras nocturnas, entre la turba numerosa que vive satisfecha de sus locos devaneos.

¿Son muchos entonces los corazones que recuerdan el amor de Jesús? ¡Ah! El navegante, apartado del suelo que le vió nacer, contempla lleno de melancolía la extensa superficie del océano, que refleja la luz encantadora de la luna; y cuando la gaviota, posada en la extremidad de un mástil, lanza al viento sus gemidos lastimeros, él se abandona, meditabundo, á los recuerdos de su juventud; . . . . el hombre de Estado, teniendo á la vista las exigencias y las desgracias de la sociedad, revuelve con afán en su mente las leyes oportunas que deban dictarse; . . . . el soldado, transido de frio, tal vez en tierra extraña, recostado en el campamento, duerme un sueño interrumpido por

la sangrienta representación de la guerra; . . . . el operario, antes de entregarse al descanso, distribuye entre sus pequeños hijos el escaso alimento que obtuvieron sus tareas, y en el seno del hogar doméstico, acaso á la moribunda luz del fuego que los calienta, deplora su triste suerte . . . .

Mas ¿qué pluma podría trazar, uno á uno, los variados cuadros de la vida, según las diversas condiciones de cada uno de los mortales, durante las silenciosas horas de la noche? Es, sin embargo, evidente que el mundo entonces, ocupado solamente de sí mismo, piensa, se admira, forma proyectos de todo; pero es demasiado corto el número de los que, guiados por ideas verdaderamente grandes, abrigan en su pecho el tierno recuerdo del amor de Jesús, solitario en su morada terrestre; son muy pocos los que saben enviarle un suspiro de gratitud.

Entre tanto, el insigne Bienhechor de la humanidad no se desdeña por eso de habitar entre los hijos de los hombres, ni suspende jamás el torrente magnífico de sus bondades. Al olvido universal opone siempre testimonios sin número de la caridad más ardiente, y por un exceso de generosidad que no tiene semejante, dispensa al mundo ingrato una protección la más asidua y fiel, en las altas horas de la noche.